

Más de treinta años de investigación y un considerable número de publicaciones avalan la carrera africanista de Alain Ricard, actualmente director de investigaciones en el C.N.R.S. y profesor del INALCO, para quien África no es una pasión, como para muchos europeos “locos por África”¹ sino “une raison d’agir et de travailler” (7). Rechazando, pues, las actitudes pasionales (y “compasionales”) que dominan el interés por África (“Pour l’africanisme”, 7-10), Ricard reivindica la inscripción del discurso sobre el continente dentro de las formas del saber intelectual, siguiendo el ejemplo el africanista alemán Heinrich Barth (1821-1865). En “Le blanc des cartes” (11-28), el autor aborda la fascinación por la *terra incognita* en la historia de la exploración de África y el peso de los mitos que guiaron muchos de esos viajes o que resultaron de ellos, mitos que encuentran su correlato en ciertas formas de acercamiento actual al África “salvaje” en las que subyacen impulsos que no distan sustancialmente de los que animaron a los primeros exploradores.

La voluntad de conocimiento es, pues, el primer motor de los viajes relatados en *La Formule Bardey* en los que el viajero no es sólo el que mira, de lo que dan muestra sus magníficas descripciones de los paisajes, de las ciudades y de sus habitantes, sino el que escucha y el que confía en la accesibilidad de los códigos culturales y lingüísticos de las gentes con las que convive. Confianza, Optimismo y Solidaridad son, de hecho, los componentes de la fórmula que Albert Bardey, quien fuera jefe de Rimbaud, afirmaba haber aplicado en su relación con los autóctonos a lo largo de sus múltiples viajes por África a finales del siglo XIX. Ricard hace suya la consigna de Bardey, lo que le permite abordar con lucidez y sensibilidad las realidades del África contemporánea.

Pero en *La Formule Bardey* no sólo se aborda la dimensión intercontinental del viaje. Ricard hace especial hincapié en el fenómeno del desplazamiento interafricano, transversal, que, por ser menos

1 El autor hace referencia a una obra que lleva por título *Les fous d’Afrique* (2001).

estudiado, no es menos característico de la historia del continente y de su realidad actual. El relato de su paso por la frontera entre Benín y Nigeria (“Passage de frontière”, 29-40), en el que no falta el suspense policial, desemboca así en una reflexión sobre la persistencia de las categorías coloniales que minan la epistemología de los estudios africanos, reacios por lo general al comparatismo.

De hecho, si algo caracteriza más genuinamente la perspectiva del autor, no sólo en *La Formule Bardey* sino en el conjunto de su obra, es su obcecado inconformismo con respecto a las fronteras. Ricard se presenta así como uno de los raros africanistas que rechazan, en la teoría y en la práctica, la fragmentación del objeto de estudio según ciertas categorías que parecen firmemente ancladas en el africanismo moderno y que oponen pares excluyentes como anglófono/francófono, lenguas africanas/lenguas europeas, oral/escrito, local/diaspórico, antiguo/moderno, etc. Este talante transgresor de fronteras explica igualmente su interés por los sectores más legítimos (Wole Soyinka) como por los menos legítimos (Felix Couchoro) de la producción, así como el papel de la traducción en su concepción de la literatura. Huelga decir que ésta es fundamentalmente anti-esencialista y es abordada de manera relacional e interdisciplinar.

Todas estas cuestiones están, de una manera o de otra, inscritas en *La Formule Bardey*, un conjunto de veintitrés textos, en su mayoría inéditos, que pueden ser agrupados *grosso modo* en dos temáticas. En la primera, Ricard relata sobre todo algunas de sus experiencias vividas en África desde los años setenta. A través de estos relatos, en los que la experiencia y la reflexión van de la mano, nos adentramos en un continente de vertientes muy diversas, visión que desmiente muchas de las ideas generales, tan frecuentes y tan persistentes cuando se trata de África. Pero además, estos textos muestran de manera particular las cualidades propiamente literarias del autor, que se revela como un narrador que sabe mantener la tensión narrativa y que conduce sin esfuerzo al lector por los meandros de su reflexión. En este sentido, si a Heinrich Barth se le podía reprochar la falta de sentido del humor (12), ese no es precisamente el problema del autor de *La Formule Bardey*, para quien el humor constituye un arma eficaz contra el “misticismo africanófilo” como contra el “el racionalismo abstracto”.

En el segundo bloque del libro, el autor rinde tributo a una serie de personalidades de la creación literaria y de la investigación, a través

de las cuales ilustra la complejidad del objeto literario y ofrece pistas para su comprensión y para su estudio. No en vano, los autores que encontramos en *La Formule Bardey* (Amos Tutoala, Wole Soyinka, Felix Couchoro, Senouvo Agbota Zinsou, Ebrahim Hussein, etc.) justifican, cada uno a su manera, la necesidad de ensanchar los horizontes epistemológicos y de desechar las interpretaciones superficiales de las posturas estéticas o ideológicas de las obras y de los autores.

Senouvo Agbota Zinsou (“Le directeur ‘a voyage’”. Zinsou en Allemangne”, 161-168), por ejemplo, ocupa una posición original en el campo literario internacional. Refugiado político en Alemania desde hace varios años, este investigador, novelista, dramaturgo y actor togolés ofrece, de entrada, la particularidad de ser un autor francófono que vive y publica fuera de los circuitos de la francofonía, es decir, fuera de la edición parisina y, naturalmente, fuera de su promoción, lo que le convierte en un autor poco conocido “en dehors du Togo et de la Bavière” (162)... Pero además, Ricard muestra como Zinsou, a quien su cargo al frente de la Trupe nacional de Togo y ciertos textos laudatorios hacia Edayema le han valido las críticas de algunos y su consideración como poeta oficial del régimen, es por el contrario un escritor que, a través de sus opciones formales –la cantata, forma teatral en la que las mujeres tienen presencia y voz frente al “concert”, en el que las mujeres no tienen cabida–, se sitúa en posición de heterodoxia con relación a los valores dominantes en una sociedad fundamentalmente polígama como la togolesa.

En este sentido, no es de extrañar que el Nobel Wole Soyinka ocupe un lugar tan destacado en la reflexión del autor ya que se trata de un escritor que, para empezar, “déplace les barrières entre pratique et théorie” (232). Pero Soyinka es igualmente un escritor que se resiste a las etiquetas y que pone a prueba una noción tan familiar en el análisis literario como la de “engagement”. En efecto, proclamándose anti-imperialista pero también anti-marxista, criticando por igual a la “leftocracia” como a la cleptocracia, siendo el portavoz de una clase intelectual a la que no duda en tildar de arrogante, Soyinka “appartient à une gauche antitotalitaire que les intellectuels français –et francophones!– ont du mal a situer sur leur carte mentale de l’univers intellectuel” (233).

Para resumir, si *La Formule Bardey* no es una lectura apta para los “locos por África”, aun lo es menos para los “locos por las fronteras”, por

las clasificaciones o por las etiquetas. Alain Ricard desanima las lecturas aparentes de los fenómenos literarios, muestra la vacuidad de ciertas categorías cómodamente utilizadas en los estudios africanos y se sirve fructíferamente de diversas disciplinas –la historia, la politología, la lingüística, la sociología, la antropología, etc– en su análisis de la literatura. De esta manera, y sobre todo, abordando los problemas con rigor pero con humor, Ricard practica un africanismo original que debería servir de ejemplo a las nuevas generaciones de africanistas.

LOURDES RUBIALES BONILLA